

Clínica 3

Sur: desigualdad, crisis, guerra

Responsable: **Daniel Garza Usabiaga**

Interlocutor: **Ana Longoni y Magdalena Jitrik**

DESIGUALDAD, CRISIS y guerra son situaciones recurrentes asociadas con el 'Sur'. A través de las décadas estas condiciones se han vuelto sistemáticas y recurrentes; generaciones enteras de individuos no han conocido otro panorama. Por lo general, al hablar de estas problemáticas se abordan de manera teórica, filosófica, científica y política. Desigualdad, crisis y guerra se transforman en objetos de especulación. Esta posición es, sobre todo, evidente en los discursos provenientes de un 'Norte', aunque algunas posturas del 'Sur' también se identifican con esto. Lo que se deja de lado en dichas revisiones es el nivel de experiencia que producen las situaciones y que, dependiendo del lugar, acontecen, se articulan y entienden de distintas maneras. Siguiendo lo escrito por E. Gruner, la clínica tiene como intención cuestionar 'críticamente los fundamentos de estas experiencias y evaluar la profundidad de su inscripción en una lógica y una praxis verdaderamente cuestionadoras de la dominación'. La dinámica girará en torno del cómo han respondido y cómo pueden responder las prácticas artísticas y el discurso crítico del Sur ante estos escenarios.

Reporte: **Alma Rosa Martínez Amigón**

Lo QUE a continuación se presenta, es producto de las discusiones sostenidas al interior de la Clínica y con las interlocutoras con base en la bibliografía que se presenta al final. Revisamos en particular el caso de

Argentina después de la dictadura como una primera aproximación a la problemática que plantea el tema.

Una consideración fundamental para el análisis, fue la necesidad de ubicar el momento histórico y la situación determinada sobre los que opera el campo artístico, así como sus contigüidades, continuidades y relaciones de oposición.

El escenario

Las situaciones de crisis (violencia, guerra, desigualdad) asociadas con el 'sur' acontecen en gran medida a la par de una evidente crisis del neoliberalismo; en América Latina durante la década de los setenta, la respuesta brutal de las clases dominantes a la movilización social y radicalización política, tuvo como corolario la imposición de dictaduras militares.

El siglo xx presenta formas inéditas de violencia política. El horror desatado por el genocidio (en Argentina entre 1976 y 1983 se cuentan cerca de 400 campos de concentración por los que pasaron entre 20 mil y 30 mil personas detenidas ilegalmente) sobrepasó a los grupos radicalizados, alcanzando no sólo a las organizaciones sociales y políticas de izquierda, sino que se expandió sobre la cultura y la vida cotidiana penetrando, así, todo el tejido social. El terrorismo de Estado generó también transformaciones económico-sociales, modificando la presencia y el peso social de la clase trabajadora.

Las víctimas

Mientras que la figura del desaparecido, cuya existencia denegada (no está vivo ni muerto / es cuerpo y no cadáver / soporte de un sujeto anulado / no nominado [NN]) arrastra la desaparición de la memoria, la del sobreviviente se opone brutalmente como testigo que condensa no sólo la evidencia del terror y de la muerte, sino también de la derrota que algunos sectores militantes se negaban a reconocer.¹

Ante la representación del desaparecido como héroe y mártir, su opuesto, el sobreviviente, se mira como traidor. Porta una identidad a reconstruir que se encuentra marcada por una experiencia límite traumática que resulta inaudible (e insoportable) para una sociedad que se resiste a escucharla, ya sea por un sentido común colectivo autojustificatorio: "nosotros no sabíamos"; porque la defensa legal escondió o negó públicamente su condición militante que aún después de la dictadura le incriminaba; o por una dimensión social de corte sacrificial: una ética que

concibe la militancia política por un lado con una idea de indestructibilidad y triunfo final como parte de un destino histórico, y por otro como una suerte de entrega total y abandono a la causa: la muerte como vida de la Revolución.

La misma construcción de víctima y héroe, en tanto que mitifica y uniforma la historia del militante, reclama total adhesión y bloquea la crítica y el análisis de la acción, de las ideas y las concepciones de los actos. Esta falta de interrogación crítica contribuye a la despolitización y termina por alinearse a la hegemonía ideológica.

En tanto producido por la lógica funcional de la represión, el testimonio del sobreviviente es obligado a permanecer limitado a circular sólo en las instancias judiciales y se invalida su juicio en el balance personal y subjetivo de su pasado.

En este contexto, ¿cómo se plantea en el entramado del campo artístico la representación de esta violencia? La cuestión no apunta sólo a su legitimidad, sino también a su mera posibilidad.

La representación

Sería parcial abordar estas cuestiones sin tener en cuenta los paradigmas eurocéntrico y planetario² que hegemonizan la lógica del colonialismo y que después de la Primera Guerra Mundial plantean la *desaparición forzada* de una representación.³ En tanto que existe una desaparición colectiva de cuerpos, o cuerpos violentamente ausentados, el arte abandonó el referente del cuerpo y lo sustituyó por el vacío de figuración de ese cuerpo. La violencia genocida busca retirar a los sujetos su derecho a la posibilidad de configuración y legitimación de su mundo.

Eduardo Grüner⁴ plantea que ausencia y presencia, memoria y olvido no son términos absolutos, sino que más bien son objeto de una estrategia política, y propone una que denomina de *invisibilidad*, radicalmente opuesta a las políticas (implementadas por sectores dominantes) de *desaparición forzada de la imagen* (por ejemplo, la esfumación, el borramiento de personas en fotografías durante el estalinismo), y a las utilizadas por sectores sociales en resistencia, como las de *representación sustitutiva* de la imagen (por ejemplo, El Siluetazo).

La *invisibilidad estratégica* consiste en una metáfora para una construcción política de la memoria; es una apelación a la construcción activa de una memoria anticipada de un futuro de redención. Anticipa, en lugar de una pérdida, un enriquecimiento de la realidad, una realidad que será mejor

cuando esas imágenes puedan ser mostradas, cuando el ‘vacío enmarcado’ sea llenado por la praxis colectiva rehaciendo su historia.

En la construcción de nuevas concepciones, es fundamental desterrar la idea historicista de que toda violencia es la misma, que las situaciones límite provienen de las mismas causas y que las víctimas que producen, arrastran el mismo pasado y, que por tanto, les espera el mismo destino.

Así, la violencia que produce el borramiento, la esfumación de la *invisibilidad estratégica*, es una violencia fundadora de una nueva legalidad que apuesta al permanente desplazamiento hacia adelante de una autoinstitución de la imagen y que no permite su congelamiento, que está siempre retrasada respecto de su propio movimiento.

El “Sur”

El re(-)conocimiento del ‘sur’ supone el reconocimiento de la singularidad. Frente al concepto de ‘Periferia’ (consecuencia necesaria de un centro), el ‘sur’ mantiene una dirección que cada vez menos busca un ‘norte’.

Las particularidades del campo artístico permiten develar y/o crear fisuras sobre lo que las narrativas generalizadoras promueven como un cuerpo necesariamente monolítico e impenetrable. A los valores hegemónicos de originalidad y unidad se puede oponer el de ‘singularidad’ en la medida en que viabiliza una riqueza ontológica que puede contener bases para dislocar el poder del capital.

En el terreno de la movilización social, el neoliberalismo en crisis encara de modo paranoico los escenarios globalizados producidos por él mismo. De manera paradójica, tanto la globalización como la crisis de la relación de servidumbre asentada en el trabajo asalariado, posibilitan el espacio para un nuevo tipo de luchas y pueden generar nuevas capacidades de construcción del saber y emergencia de lo común.

Dos ejemplos son las manifestaciones de 2001 en Argentina y los Foros Sociales contra la globalización, que abrieron un territorio de experimentación e innovación social, económica y política.

El protagonista de estas nuevas luchas no es una entidad unitaria, es más bien un cuerpo social activo organizado, una encarnación de singularidades que tiene una consistencia irreductible a toda generalización: la ‘multitud’.

Bajo el análisis del quilombo argentino, Tony Negri⁵ esboza algunas características de este nuevo actor social, cuya potencia radica en lo que se tiene en común: el trabajo inmaterial (con dimensiones afectivas,

intelectuales, comunicacionales y lingüísticas) y el trabajo vivo cooperativo que organiza mediante la producción de formas y estilos de vida.

Mientras que el ‘pueblo’ es representado como unidad, la multitud es una multiplicidad singular o un conjunto de singularidades que afirma la imposibilidad de ser representada. En ella, la soberanía no puede ser apartada de su ejercicio. Como referencia ética retoma los movimientos de resistencia y, dado que no funciona subsumida a la acumulación capitalista, puede contener las bases para la dislocación del modo de producción., La multitud, siempre productiva y en movimiento, plantea una recomposición política en tanto que devela las similitudes que tienen los sectores sociales, comunidad que el neoliberalismo pretende esconder. A la par, reclama también un nuevo análisis de su composición social.

Es ineludible rechazar una cierta condición ‘natural’ de la violencia asociada al ‘sur’; del mismo modo es importante objetar la pretendida homogeneidad de las protestas y la resistencia y abrirse a escuchar, una por una, las voces de las víctimas para poder activar la politicidad del campo artístico.

Es también fundamental trabajar los vínculos entre arte y política. Las representaciones y las imágenes mediante las cuales los sujetos simbolizan sus relaciones con la sociedad en que viven, son elementos extremadamente políticos y la dialéctica de su visibilidad/invisibilidad puede ser decisiva para su subsistencia, para sus políticas de memoria y olvido. De ahí que la importancia de una política de la memoria y de la representación de lo irrepresentable, más que una postura estética, implique una postura ética.

Notas

¹ Ana Longoni propone algunas hipótesis sobre la “inaudibilidad social” que tienen los sobrevivientes, ver Longoni, Ana. *Traiciones. La figura de traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Ed. Grupo Norma, Buenos Aires, 2007, 220 pp.

² Ver Dussel, Enrique. *Beyond eurocentrism. The world-ustem and the limits of modernity*.

³ Ver Grüner, Eduardo. *La invisibilidad estratégica, o la redención política de los vivos. Violencia política y representación estética en el siglo de las desapariciones*.

⁴ Ver Grüner, op. cit.

⁵ Ver Negri, Antonio y Giuseppe Cocco. “El trabajo de la multitud y el éxodo constituyente o ‘el quilombo argentino’”, en *Diálogo sobre la globalización, la multitud la experiencia argentina*. Edición digital.